

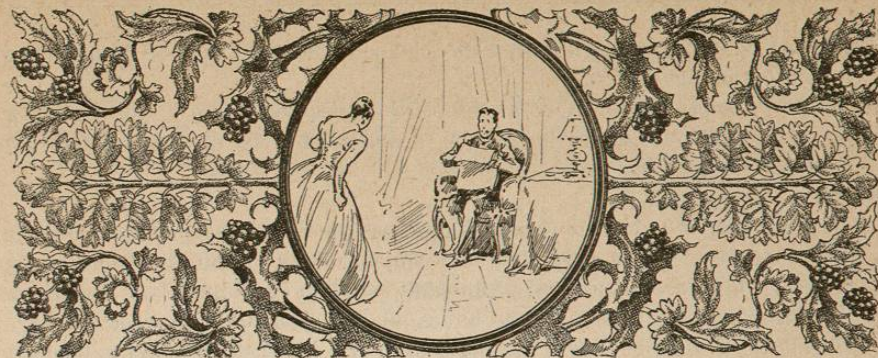
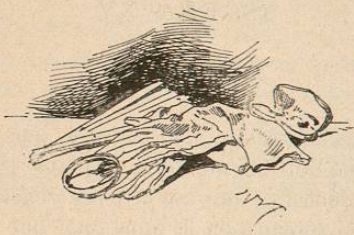
VALENTÍN. Sí; pero no sabe ella á qué baile la van á llevar. ¡He dispuesto mi plan, y verás cómo brinca!

GENERAL. ¿Qué estás diciendo?

VALENTÍN. Vente conmigo y lo sabrás.

GENERAL. ¡Explícate!

VALENTÍN. Aquí no: vamos á la calle. Si no te haces de miel, hoy quedas vengado.  
(Se lo lleva.)



## ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala en casa del general Bernal: hay una puerta en el foro, y otra á la izquierda. Al mismo lado un sofá. A la derecha una mesa, y en ella un quinqué encendido. En el foro hacia la izquierda un atril, y sobre él una flauta y un cuaderno de música.

### ESCENA PRIMERA

D. VALENTÍN, EL GENERAL

(Salen por el foro al levantarse el telón)

GENERAL. Pero, hombre, ¿estás en tu juicio? ¡Un rapto!

VALENTÍN. Sí, señor, un rapto, un rapto, en toda regla. He hecho emborrachar á cochero y lacayo: he puesto en su lugar dos hombres de mi confianza: la harán dar un rodeo por esas calles para que tengamos tiempo de llegar, y dentro de un instante la taimada duquesa se hallará en esta sala, prisionera de guerra del general Bernal y de su amigo Valentín.

GENERAL. Valentín, esa acción es infame, y yo no consiento en ser tu cómplice.

VALENTÍN. ¿Volvemos al tema? No me decías al salir: «la aborrezco y la desprecio: daría cuanto valgo por tenerla una hora en mi poder, para humillarla á desprecios?» Pues bien: yo voy á realizar lo que tanto deseabas; ¿y cuando te lo pongo en la mano retrocedes? ¡Anda, anda á echarte otra vez á sus plantas, y á pedirle perdón por la burla que te ha hecho!

GENERAL. ¡Eso no! Yo quiero vengarme... ¡Sí, vengarme!.. Los tormentos que me ha hecho sufrir han sido demasiado crueles. ¿Pero qué amante, por indignado que esté, imagina semejante medio de vengarse?

VALENTÍN. ¿Y piensas tú que se debe hacer lo que haría cualquier amante, tratándose de una mujer que no se parece á las demás mujeres? ¿De una mujer que es excepción en su especie? Ella se ha divertido en atormentarte: diviértete ahora tú en atormentarla: ella se ha mofado de ti un año: mófate de ella una hora. Aún no quedáis pagados.

GENERAL. Pero es que tendrá derecho para despreciarme, porque no me habré portado como caballero.

VALENTÍN. ¿Despreciarte?.. ¡Qué desatino! No se desprecia sino al que está debajo: al que está encima se le teme; y tú ahora vas á ser su tirano. Desde hoy cambiáis de papeles.

GENERAL. ¿Lo crees así?

VALENTÍN. Respondo con mi cabeza. Tú no has querido escucharme, te has entregado en poder de una sierpe que te ha emponzoñado usando de astucias infernales; ¿y aún la compadeces? ¿Aún serás tan alma de cántaro que olvides sus delitos y tus tormentos? ¡Pues yo no los olvido! — ¡Cuando te he visto mil veces desesperado y á dos dedos de pegarte un tiro, me arrancaba los cabellos de rabia, y si entonces pillo á esa mujer, la mato!

GENERAL. ¡Valentín!..

VALENTÍN. No te asustes: no trato de matarla; pero sí de vengarte.

GENERAL. ¿Y qué fin tendrá este paso?

VALENTÍN. Eso depende de ti. — ¡Muéstrate implacable: procura humillarla, herir su vanidad, conmové..., no su corazón, ni su alma, sino sus nervios..., sus nervios: y tú verás!

GENERAL. ¡Es posible!

VALENTÍN. ¡Pero cuidado con ablandarte! Si tienes la debilidad de flaquear, si ella nota siquiera una mirada dulce, eres perdido! Se te escurre de entre las manos como un pez, y no vuelves á atraparla en tu vida. ¡Nada, duro con ella, inflexible! ¡Cada palabra tuya ha de ser una cantárida que la levante vejiga; y sobre aquella, otra! ¡Y sobre aquella, otra! ¡Mira que esas mujeres tienen una encarnadura endemoniada, y para llegar á ponerlas sensibles es preciso desollarlas!

GENERAL. Nunca se ha conmovido el corazón de esa mujer.

VALENTÍN. Y dudo que ahora tampoco suceda; pero adelante: á lo menos te vengarás. Si yo hubiera hecho lo mismo con Saturnina la navarra, no me hubiera roto la pierna; pero entonces era yo otro mentecato...

GENERAL. ¡No lo seré yo más! Estoy resuelto: esa mujer ha agotado toda la ternura y la indulgencia que había en mi corazón. Sí, sí, dices bien: la humillaré... humillaré su vanidad, que es el único sentimiento que abraza en su alma. Que se vaya en seguida, y no la volveré á ver.

VALENTÍN. ¡Soberbio! La escena empezará por un *dúo*, y luego entraré yo con una *pieza concertante* que ha de producir gran efecto.

GENERAL. ¿Cómo?

VALENTÍN. Déjame á mí. Tú no sabes el manejo que ha traído ella durante tu ausencia; yo sí lo sé, ¡y la preparo una! — ¡Se echó á reír cuando la dije que la declaraba la guerra!.. Veremos quién se ríe ahora.

GENERAL. No te entiendo.

VALENTÍN. Ten paciencia; ya me entenderás. Voy á subir al cuarto segundo, á casa de D. Ramón, el padre de Angelita; ella no habrá salido, ¿eh?

GENERAL. Supongo que no: su padre sigue enfermo, y á pesar de eso, quería volverse á Valladolid.

VALENTÍN. Corriente.

GENERAL. ¿Pero qué proyecto es el tuyo?

VALENTÍN. ¡Ten paciencia, te digo! La prisionera no debe ya tardar... Ha parado un coche..., ella debe ser. ¡Ea, serenidad y resolución... *cara ferós á o enemigo!*

GENERAL. No tengas cuidado.

## ESCENA II

EL GENERAL, D. VALENTÍN, UN CRIADO

CRIADO. Señor..., ahí está la señora duquesa.

GENERAL. ¡Ya ha llegado!

VALENTÍN. (Al criado.) Dila que tenga la bondad de subir.

CRIADO. Si parece que se ha desmayado.

GENERAL. ¡Gran Dios!

VALENTÍN. Pues si se ha desmayado, que la suban.

CRIADO. (Véndose.) Bien está.

GENERAL. ¡Ya ves lo que has hecho!

VALENTÍN. No creí yo que tan pronto echaría mano de ese recurso: hace mal en darse prisa: está desperdiciando municiones.

GENERAL. ¿Y si se pone mala?

VALENTÍN. ¡Qué mala!.. Y además, ¿no soy yo médico? Yo la curaré.

GENERAL. A lo menos, vamos á...

VALENTÍN. ¡Quieres no moverte de aquí! (Al criado, que vuelve á salir.) ¿Qué es lo que ha pasado?

CRIADO. Primero se escamó de los rodeos que daba el coche: luego, al apearse, como extrañó el sitio, quiso echar á andar á pie; pero Antonio y Esteban la detuvieron y la dijeron, como usted había mandado, que si daba un paso, moría. Esto le dió tanto miedo que se desmayó. Mírela usted.

VALENTÍN. ¡Perfectamente!

## ESCENA III

EL GENERAL, D. VALENTÍN, LA DUQUESA

(La traen dos criados que la colocan en el sofá, y se van.)

GENERAL. ¡Qué has hecho, Valentín! ¡Esto no lo habías previsto! Una mujer tímida, delicada...

VALENTÍN. ¡De corazón tan tierno!.. ¿No es verdad?

GENERAL. ¡Pobre Clara!

VALENTÍN. (Empujándolo lejos.) ¡Tonto!.. — ¿No ves qué colores tiene? Apuesto á que nos está mirando: estas mujeres no se desmayan nunca más que de un ojo.

GENERAL. ¡No será extraño!.. ¡Siempre la astucia, siempre la falsedad! — Vete, Valentín.

VALENTÍN. ¡Cuidado con ablandarte!

GENERAL. No tengas miedo: yo he echado el pecho al agua. Yo no hubiera dado este paso; pero ya que lo has dado tú, me aprovecharé de él.

VALENTÍN. (Tomando la flauta.) Veremos. — Yo estaré ahí en el gabinete por lo que ocurra. — ¡Firme! — ¡Si echa mano de zalamerías, no la creas! Acuérdate de aquella aria: (Canta.) «Eres turco... no te creo...» — ¿Estás?

GENERAL. Pierde cuidado. (Siéntase junto á la mesa; toma un periódico y se pone á leer. — D. Valentín se va por la izquierda.)

## ESCENA IV

## EL GENERAL, LA DUQUESA

(La duquesa empieza á volver en sí: mira alrededor con asombro y ve al general, que está leyendo muy tranquilo.)

DUQUESA. (Con exclamación de asombro.) ¡Ah!..

GENERAL. (Alzando apenas los ojos del papel.) Perdona usted, duquesa: ahora me tomaré la libertad de decirle lo que usted me dijo hace una hora: no grite usted de ese modo: ¡Jesús, qué mal tono!

DUQUESA. ¿Cómo?..

GENERAL. Y además, será inútil que grite usted: nadie puede oirla.

DUQUESA. General, ¿en qué sitio estoy? ¿Adónde se me ha traído?

GENERAL. A mi casa, señora.

DUQUESA. (Levantándose.) ¡A su casa de usted!.. ¡Caballero!.. (Da algunos pasos.)

GENERAL. (Levantándose también.) No se moleste usted: de aquí no puede usted salir sino por mi voluntad, señora. Tenga usted, pues, la bondad de permanecer en este sofá como en el de su casa: tan desdenosa si usted quiere..., pero tan tranquila.

DUQUESA. (Aparte, contemplándole con asombro.) ¡Qué mudanza!.. ¡Esto es fingido!.. Aquí anda la mano de D. Valentín. (Se sienta.) ¿Puedo preguntar, sin que sea indiscreción, caballero, qué quiere usted conmigo?

GENERAL. Nada absolutamente, señora.

DUQUESA. Luego el objeto de esa noble acción...

GENERAL. (Sentándose.) No estará usted aquí mucho tiempo, señora: el necesario no más para que la hable á usted una vez con descanso y con la seguridad de que usted me oye.

DUQUESA. (Levantándose.) ¿Y si yo no quiero oirlo á usted? ¿Si quiero marcharme inmediatamente?

GENERAL. No: suplico á usted que tenga la complacencia de volver á sentarse.

DUQUESA. ¡Esto es una villanía! ¿Es así como trata usted de hacerse querer?

GENERAL. No; si no trato de semejante cosa.

DUQUESA. (Con sorpresa.) ¡Ah!..

GENERAL. No, señora. — Cuando estamos en su casa de usted, me presta usted tan poca atención que me aburro; luego, á la menor palabra que le disgusta, tira usted del cordón de la campanilla y me pone en la calle, como pudiera usted con el último de sus lacayos. Aquí es diferente: nadie puede echarme, y cuento con que tendrá usted la amabilidad de oirme hasta el fin. Por lo demás, tranquilícese usted: no soy yo hombre que arranca por la violencia lo que no ha logrado merecer.

DUQUESA. (Aparte.) ¿Es esto un sueño? ¿Estoy efectivamente en su casa?.. ¿Es él quien habla?

GENERAL. Díguese usted escucharme. — Hubo un día en que se le antojó á usted que yo la amase; ¡y yo la amé á usted, con un amor puro, inmenso, tan respetuoso como ardiente, tan tierno como sincero, tan grande, en fin, que rayaba en locura! Así que lo vió usted nacer, lo alentó..., y fué sólo por pasatiempo, por burla: ¡bien se ha divertido usted! — Yo no digo que se deba corresponder por

fuerza á un amor de que no se participa: el hombre que quiere y no logra hacerse querer, no debe quejarse. Pero tender lazos, fingiendo amor, á un infeliz que no tiene otro cariño en el mundo; hacerle conocer la dicha en toda su plenitud, para arrebatársela luego; robarle su tranquilidad, su porvenir; ¡matarlo!.. ¡y matarlo para siempre, emponzoñando todas las horas de su vida, ese es un crimen, señora!

DUQUESA. General...

GENERAL. Poco á poco: todavía no la permito á usted responder.

DUQUESA. (Aparte.) ¡Qué lenguaje!

GENERAL. (Levantándose.) Que allá en esas frívolas sociedades que usted frecuenta prodigue tiernas miradas y palabras seductoras á alguno de esos elegantes fatuos que andan revoloteando alrededor de usted y le hacen declaraciones de un amor que no sienten ni son capaces de sentir..., ¡enhorabuena! Eso es jugar por ambas partes con moneda falsa, y ninguno de los dos pierde. ¡Pero conmigo no debía ser así, señora; bien lo sabe usted!

DUQUESA. (Tapándose el rostro.) ¡Oh, Dios mío!

GENERAL. ¿Por qué oculta usted el rostro? No: sea usted fiel á su natural impávido. ¿No ha contemplado usted mil veces con semblante sereno los tormentos que me causaba? Tranquilícese usted: yo no puedo ya padecer más: ¡usted ha secado mi corazón!

DUQUESA. ¡Basta, general!.. ¡Basta, por Dios!

GENERAL. Yo vivía solo en el mundo, y creí haber hallado un alma que respondiese á los sentimientos de la mía: ¡me engañé groseramente! La vida hasta aquí sólo me había enseñado lo que era padecer: ¡usted me ha enseñado lo que es ser infeliz!

DUQUESA. ¡Oh, no!.. ¡Eso no!.. ¡Eso no es posible! ¡Si fuera cierto, no me lo perdonaría jamás!

GENERAL. Hágame usted el favor de no llorar ni hacer visajes; porque no creo en nada de usted. — Se acabó la magia que ejercía usted sobre mí: nada de cuanto usted finja me conmueve. — He concluído de decir, señora.

DUQUESA. (Con dignidad, levantándose.) Enrique, si es cierto que he sido tan cruel como usted dice, derecho tiene usted de tratarme así, y aun con más dureza, si cabe. Pero ese amor que tanto tiempo me ha manifestado usted, ¿no podía durar un día más? Si ayer era yo inocente á los ojos de usted, ¿por qué he de ser hoy culpable?

GENERAL. ¡El corazón se gasta á fuerza de padecer, señora!, y llega un momento en que se llena el vaso, y una sola gota le hace rebosar.

DUQUESA. ¿Y sabe usted si esta misma noche quizá estaba yo pensando en nuestra futura felicidad? ¿Sabe usted si estaba yo decidida á fiar la mía de ese corazón que tantas pruebas me ha dado de nobleza y generosidad?

GENERAL. (Algo turbado.) ¡Señora!.. (Oyese dentro sonar la flauta, tocando el aire *Eres turco, no te creo...*)

DUQUESA. (Sorprendida.) ¿Qué es eso?

GENERAL. (Reponiéndose.) Nada, señora. — (Aparte.) Este es Valentín que me vuelve el valor.

DUQUESA. Dígame usted, Enrique: ¿cree usted de veras que no he pensado nunca en hacer feliz al hombre que atormentaba con mis caprichos? ¿Cree usted que en esos mismos momentos de capricho y mal humor de que usted se queja, no soñaba con las ilusiones de una vida entera de felicidad y amor? Y diga usted,

¿no era natural que experimentase algún temor, que tuviese alguna desconfianza al ir á formar un lazo que dura toda la vida? Y si yo le dijera á usted ahora: Enrique, he combatido hasta donde han alcanzado mis fuerzas; ¡pero usted ha vencido!

GENERAL. (Conmovido.) ¿Yo?.. (Suena otra vez la flauta, tocando el mismo aire.)

DUQUESA. (Sorprendida.) ¡Otra vez!

GENERAL. (Aparte.) ¡Ah! Tiene razón Valentín: esto será otra nueva astucia...

DUQUESA. ¡Qué extraña música! – Parece que no me ha oído usted, Enrique. ¿Calla usted?

GENERAL. Sí, señora; porque ya es imposible de todo punto que crea yo en la sinceridad de sus palabras de usted.

DUQUESA. ¡Lo ve usted! ¡Y luego quieren que no disimulemos nuestros sentimientos! ¡Cuando los dejamos penetrar, sólo logramos hacer incrédulos é ingratos!

GENERAL. ¡Y el llegar á serlo me ha costado bastante caro!

DUQUESA. ¡Oh, qué injusticia! (Con ternura.) Enrique, ¿qué prueba bastaría á convencerle á usted?

GENERAL. ¡Si yo no quiero ya convencerme, señora!

DUQUESA. ¡Enrique!..

GENERAL. ¿Para qué? De hoy en adelante, como si no nos hubiéramos conocido.

DUQUESA. ¿Lo dice usted eso de veras, Enrique? (El general titubea: ella le mira y dice aparte.) ¡Titubea!

GENERAL. (Algo conmovido.) Yo no debo... ni quiero verla á usted más.

DUQUESA. (Resentida.) Siendo así, caballero, ¿podré esperar que me deje usted salir?

GENERAL. Sí, señora. (Da algunos pasos hacia el foro.)

DUQUESA. (Aparte.) ¡Me deja marchar!.. ¡Se acabó! – (Se encamina también hacia el foro.) ¡Però qué oigo!.. ¡Alguien viene!

GENERAL. Es verdad: puede usted salir por esta puerta. (Va á la de la izquierda.) ¡Cielos! ¡Está cerrada!

DUQUESA. ¿Qué es esto, general?

GENERAL. (Aparte.) ¡Esto es cosa de Valentín!

DUQUESA. (Con dignidad.) Enrique, no quisiera verme obligada á retirarle á usted mi estimación... Viene gente, y no hay medio de que yo salga sin ser vista... ¿Ha formado usted el proyecto de perderme?

GENERAL. ¡Oh, no me suponga usted semejante infamia!

DUQUESA. ¡Pues ello es que llegan..., que llegan!.. ¡y yo estoy sola con usted!..

GENERAL. Crea usted que yo ignoraba..., que jamás hubiera consentido... ¡Ah, créalo usted!.. ¡creálo usted!.. (Aparece D. Valentín, trayendo del brazo á doña Angela.)

DUQUESA. (Aparte.) ¡D. Valentín!.. ¡Soy perdida!

## ESCENA V

DOÑA ÁNGELA, D. VALENTIN, EL GENERAL, LA DUQUESA

VALENTIN. Con tu permiso, Enrique. – (A la duquesa.) Señora..., beso á usted los pies.

ANGELA. Quizá incomodamos; pero D. Valentín se ha empeñado en que baje...

VALENTIN. (Aparte.) La flauta no bastaba: era preciso salir.

DUQUESA. (Aparte.) ¡Qué compromiso!

GENERAL. ¿Y qué visita es esta?

VALENTIN. Nada: sabía que no estabas solo, y traigo á esta niña para que conozca á esa señora. (La hace pasar junto á la duquesa.)

DUQUESA. ¿A mí?

GENERAL. (Aparte.) ¿Qué haré?

ANGELA. Usted me dispensará, señora: son bromas de este D. Valentín. Sabe que tengo poco trato de mundo, y se divierte en verme cortada en presencia de las señoras de Madrid.

DUQUESA. (Aparte.) ¡Hombre aborrecible!

VALENTIN. (Aparte, frotándose las manos.) ¡Bien la dije que nos veríamos las caras!

GENERAL. (Aparte á la duquesa.) ¡No tema usted nada! – Angelita, no esperaba yo tan amable visita: como sabe Valentín que mañana marcha usted de Madrid, ha querido sin duda que tenga yo el gusto de presentarla á usted á mi hermana.

ANGELA. ¡Su hermana de usted!

VALENTIN. (Aparte.) ¡Su hermana!.. Este me va á echar á perder mi plan.

GENERAL. Sí, mi hermana; á quien usted no conocía, y que noticiosa de mi llegada ha venido á verme antes de ir al baile.

DUQUESA. (Aparte.) ¡Ya respiro!

ANGELA. ¿Y por qué no me lo ha dicho usted, D. Valentín? Vaya, general, presénteme usted á su hermana: quiero tener el gusto de decirla cuánto debo al noble corazón de su hermano.

GENERAL. (A la duquesa, trayendo á su lado á Angela.) La señorita doña Angela de Herrera.

DUQUESA. (Aparte.) ¡La amiga de Isabel!.. ¡Qué encuentro!

GENERAL. Su padre fué mi compañero de armas y mi protector; y su hija es la joven más amable, más candorosa...

ANGELA. Y más infeliz, ¿no es verdad?

VALENTÍN. ¡Sí por cierto, muy infeliz!, porque...

GENERAL. ¡Valentín!

VALENTIN. ¡Hombre, déjame!.. ¿No puedo yo hablar?

GENERAL. Pero ten cuidado con lo que dices.

VALENTIN. ¡Oh! No olvidaré lo que se debe á la hermana de mi amigo... ¡Oh, una hermana!.. ¡Friolera!.. ¡Yo no he tenido ninguna hermana!

ANGELA. Pues yo celebro mucho que el general la tenga; así, aunque yo me marche, no le faltará una persona que le distraiga y le consuele de sus penas. ¡Y qué pena es sufrir la ingratitud de la persona que uno quiere! ¡Bien lo sé yo!

DUQUESA. ¿Usted, señorita, á su edad?..

VALENTIN. Pues á su edad se ve burlada, y se ha deshecho su boda por las coquetías de una mujer trapisondista y vana que le ha levantado de cascos á su futuro. Sí, señora: el novio vino á Madrid, conoció á una coqueta, ¡y adiós felicidad! – Enrique conoció á una coqueta... ¡y adiós tranquilidad! – Yo conocí á una coqueta... ¡y adiós pierna! – ¡Oh, qué mujeres!

DUQUESA. (Aparte.) ¡Qué suplicio! (Al general.) Ya se hace tarde, Enrique; me marcho (Da algunos pasos.)

VALENTIN. (Tomándola con mucha finura de la mano, y volviéndola á traer.) ¡Cómo! Tan pronto! No podemos permitirlo. Acompañe usted otro ratito á su querido hermano.

GENERAL. Pero Valentín...

VALENTIN. ¡Nada, nada! Si es tanto el gusto que me da verla aquí, que soy capaz de echar la llave para que no se vaya.

ANGELA. (A la duquesa.) Usted me perdonará si la fastidio tocando un punto que no puedo recordar sin entristecerme. Ya ve usted: nos íbamos á casar: todo estaba dispuesto: cuando un negocio de intereses obligó á mi novio á hacer un viaje á Madrid.

DUQUESA. (Aparte.) ¡Qué oigo!

VALENTIN. ¡Vea usted!.. ¡Dejar venir un novio á Madrid!.. ¡que es lo mismo que abrirle la jaula á un jilguero! ¡Hay aquí unas culebronas!.. (A la duquesa.) ¿No es verdad, señora?

DUQUESA. ¿Yo qué sé?

VALENTIN. (Aparte.) ¡Huy! ¡Qué gesto me pone!.. ¡Bueno va!

GENERAL. Angelita, es preciso olvidar eso.

ANGELA. Ya hago lo posible; porque D. Valentín, que conoce á mi rival y no ha querido decirme su nombre, me ha asegurado que no debo ya contar con el amor del señorito D. Fernando de Lara.

DUQUESA. ¡Fernando de Lara!

GENERAL. (Aparte.) ¡D. Fernando de Lara..., el que la mandaba el ramo!.. ¡Ah! ¡Ya lo entiendo todo!

DUQUESA. (Aparte.) ¡Esta era la novia de Valladolid!

VALENTIN. (Aparte, observándolos.) ¡Bravo!.. ¡Esto se enreda!

ANGELA. Qué, ¿le conoce usted, señora? ¿Le ha visto usted?

DUQUESA. Sí..., alguna que otra vez.

GENERAL. (Aparte.) ¿También esa? ¡Ah! ¡No sabía yo todas sus infamias! (Va á recostarse junto á la mesa.)

ANGELA. ¿Y cómo le ha conocido usted?

DUQUESA. (Aparte.) ¡Ah! No perdamos la serenidad.

ANGELA. ¿No me responde usted?.. Pero tiene usted razón: no volveré á hablar de él: en mi corazón ya no hay sitio sino para la amistad; y esa es toda de su hermano de usted. ¡Si viera usted él también qué vida pasa! ¡Qué infeliz le está haciendo una señora que llaman la duquesa del Puerto!

DUQUESA. ¡Niña!

VALENTIN. (Aparte.) ¡Soberbio!

ANGELA. Yo no conozco á esa duquesa; pero lo que importa es ver el modo de que su hermano de usted rompa con ella: luego se le irá pasando, como á mí; y al cabo se olvidará de ella, como yo me olvido de Fernando. — ¡Ah! Dígame usted que le ha visto: ¿sabe usted cuál es la mujer por quién me ha dejado? ¿Es más bonita que yo?

DUQUESA. Niña..., yo... ¿cómo he de saber?..

VALENTIN. ¡Vamos, que sí lo sabrá usted! Y ya podría usted ser amable, y decirle á esta pobrecilla quién es esa que le ha soplado el novio, y qué medios infernales empleó para írselo atrayendo; porque lo que es usted..., yo sé que ha visto á D. Fernando á los pies de la duquesa del Puerto.

ANGELA. ¡La duquesa del Puerto!

GENERAL. (Con cólera.) ¡A sus pies!

VALENTIN. ¡Sirviéndola de burla..., como otros muchos!

ANGELA. ¡Cómo! ¿Era ella?.. No sé por qué me lo daba el corazón. Siempre he oído con repugnancia su nombre. ¡Qué mujer! ¡Verse amada del general Bernal, y pensar en otro hombre! ¿Puede usted comprender eso?.. ¿usted que es su her-

mana, y sabe cuán feliz debía considerarse la mujer que mereciera su amor? — ¡Pero parece que esa señora duquesa es así!

VALENTIN. (Aparte.) ¡Bien por la niña de Valladolid!

ANGELA. (A la duquesa.) Usted la aborrecerá, señora, ¿no es cierto?

VALENTIN. ¡Oh! Lo que es esta señora no la juzga con tanto rigor: su opinión acerca de la duquesa no es del todo imparcial.

DUQUESA. Dice usted bien, Sr. D. Valentín; y espero que ya me permitirá usted marchar. (Dando algunos pasos hacia el foro.)

ANGELA. (Aparte.) ¿Qué le ha dado?

VALENTIN. (Poniéndosela delante.) ¿Usted querrá marcharse al baile? Pero no es cosa de que la dejemos ir sola: sería una impolítica...

DUQUESA. ¿Qué quiere usted decir?

VALENTIN. Que he mandado llamar á un caballereite muy fino y muy galante para que la dé á usted el brazo.

GENERAL. (Viniendo entre la duquesa y D. Valentín.) ¡Qué oigo!

DUQUESA. (Aparte.) ¿Qué nueva perfidia será esta?

VALENTIN. Ya es hora: no puede tardar... Justamente oigo pasos.

UN CRIADO. (Anunciando.) El Sr. D. Fernando de Lara.

ANGELA. ¡Fernando!

DUQUESA. (Aparte.) ¡Ah, qué va á ser de mí!

#### ESCENA VI

D. VALENTÍN, DOÑA ÁNGELA, D. FERNANDO, EL GENERAL,  
LA DUQUESA

FERNANDO. (Al general al salir.) Me ha mandado usted llamar, general, y... ¡qué veo! ¡Angela!

ANGELA. Angela, que no tiene parte alguna en esa llamada; y que debiendo marchar mañana mismo á Valladolid, tiene el honor de saludar al Sr. D. Fernando. (Da algunos pasos para irse.)

FERNANDO. ¡Usted aquí, Angela!.. ¡usted!.. ¡y la duquesa del Puerto!..

ANGELA. (Deteniéndose y volviendo.) ¡Cómo!.. ¡La duquesa!..

FERNANDO. ¿No lo sabía usted?

ANGELA. (Mirándola con horror.) ¡Ay, Dios mío!

VALENTIN. (Aparte.) Esto la enseñará á hacer conquistas por partida doble.

GENERAL. (Aparte.) El golpe es terrible, pero al fin la veo castigada.

FERNANDO. (A Angela.) ¡Angela!.. ¡Apenas me atrevo á alzar los ojos delante de usted! (A la duquesa.) Y lo que es á usted, señora, no esperaba yo encontrarla aquí.

DUQUESA. ¡Poco á poco, caballero! (Aparte.) Enrique me desprecia, quiere perderme... ¡Ah, lo que estoy pasando!

ANGELA. (Asombrada.) ¡Conque era la duquesa!

DUQUESA. (Aparte, componiendo el rostro.) ¡Si me ve humillada dejará de amarme!.. ¡Valor!

VALENTIN. Pues sí, señor; érase que se era una dama joven y hermosa; pero tan fría, tan coqueta, tan pérfida...

DUQUESA. (Totalmente repuesta, y con tono burlón y ligero.) Permita usted que le interrumpa, señor mío: ese exordio promete un largo y curioso romance, y yo quisiera obtener la palabra. No porque trate de impedir al Sr... D... D... ¿Cómo es su gracia de usted? (Colocándose en medio, entre D. Fernando y Angela.)

VALENTIN. Valentín, para servir á usted.

DUQUESA. Ah, sí: D. Valentín. Pues, como decía, no porque trate de impedir al amigo D. Valentín que tenga el placer de difamar á una mujer que ningún daño le ha hecho: ¡nada de eso! Puede calumniarla é insultarla á su sabor; pero antes que emprenda su tarea, deseo que ustedes me escuchen.

GENERAL. ¿Y qué es lo que puede usted decir?

FERNANDO. ¿Y cómo puede usted justificarse?

DUQUESA. (Riendo.) ¿Justificarme? ¡Calla! ¿Creen ustedes que yo estoy en el caso de justificarme? Gracioso sería que tuviese yo que dar disculpas porque al caballero D. Fernando se le ha antojado ponerse en ridículo.

GENERAL Y ANGELA. ¡Cómo!

VALENTIN. (Aparte.) En eso puede que tenga razón.

DUQUESA. Su orgullo provincial no se contentaba con la inocencia candorosa, con la ternura sincera de una joven graciosa y bella: Valladolid no era palenque digno de sus victorias: necesitaba habérselas con una madrileña del gran tono: aquí se nos vino á dar la batalla, creyendo que podría decir como César: *¡Ileguè, vi y vencí!* ¡Pero al pobre le faltaban elementos para sostener el combate, y al fin ha salido derrotado!

ANGELA. (Aparte.) ¡Ella me está vengando del ingrato!

FERNANDO. Usted abusa, señora, de mi posición y de la suya.

DUQUESA. No soy yo quien las ha elegido, caballero.

VALENTIN. No: he sido yo. Pero usted no juega limpio, señora; y el mejor fullero tiene un mal cuarto de hora.

DUQUESA. ¡Es verdad!.. Como éste, por ejemplo, en que una débil mujer cae sin defensa en una grosera emboscada que no podía sospechar; porque cómo había de figurarse que el hombre á quien tenía por el más noble y generoso de la tierra se portaría de este modo?

GENERAL. ¡Ah, no me acuse usted de esta acción!..

DUQUESA. Ahora me toca á mí decir: ¡Poco á poco; todavía no le permito á usted responder! Aquí se me ha arrastrado violentamente, se ha intentado humillarme; pero se ha intentado á costa de la delicadeza y del honor. ¿Quién de los dos ha perdido en el juego?

GENERAL. (Turbado.) Señora...

VALENTIN. (Aparte.) Si no le socorro... - Usted, señora, tiene mucho talento y muchas camándulas; esto es cosa reconocida: lo que se ha hecho con usted sale un poco de las reglas, lo confieso: puede usted acusarnos; pero seducirnos..., ¡eso se acabó!

DUQUESA. (Riendo.) ¡Ah, ah!.. ¿Y qué sacaría yo con seducir al Sr. D. Valentín?

VALENTIN. Es que...

DUQUESA. (Al general.) ¡Estoy en su casa de usted, general; estoy en ella contra mi voluntad; y sin embargo, esta miserable venganza puede arruinar mi reputación, mi honor..., lo más precioso de una mujer!

GENERAL. ¡Ah! No dude usted que sabré alejar todo peligro, toda interpretación siniestra...

VALENTIN. (Aparte.) ¡Anda, cobardón!

DUQUESA. Yo no exijo nada de usted. Su digno amigo ha querido que á este escándalo asistieran testigos; pues bien, me explicaré delante de ellos. No trato de negar, señores, que viéndome viuda, libre y envidiada y solicitada, creí que debía comprar la consideración de las gentes á costa de esa ternura amorosa que tanto se afanan los hombres por inspirarnos, y que tanto nos la motejan cuando llegamos á sentirla. Me propuse que mi cabeza fuera la defensa de mi corazón; y lo que llaman ustedes coquetería ha sido la salvaguardia de una conducta en que la maledicencia no ha podido tachar lo más mínimo. ¿Ustedes se rebelan contra este natural instinto que nos inclina al deseo de agradar, y nos inspira miedo á querer?.. ¡Pues de ustedes es la culpa, señores míos, más bien que nuestra: tienen ustedes palabras de almíbar para seducirnos, y de hiel para juzgarnos! ¡Todos los medios son lícitos para conquistarnos; y los que nosotros usamos para asegurar nuestras conquistas, por inocentes que sean, se califican de infames!

VALENTIN. ¡Sí, sí!.. ¡Inocentes .., inocentes!..

DUQUESA. ¡Sin duda! ¿Cuáles son las que usamos? Coqueterías estudiadas..., frialdad aparente..., indiferencia fingida... Así es como defendemos nuestra expirante libertad de la invasión del amor; y gracias si la lucha se dilata y nos da tiempo para conocer á fondo al hombre que se ha hecho dueño de nuestro corazón.

GENERAL. (Aparte.) ¡Qué es lo que oigo!

VALENTIN. (Aparte.) ¡Ay, ay, ay, ay!..

DUQUESA. Confieso que he tenido momentos de creer que había hallado á ese hombre cuyo amor me subyugaba; y casi me llegó á decir el corazón que la vanidad, el fausto, el brillo del mundo no equivalían á la dulzura que encierra una sola palabra de amor, pronunciada por la persona que se ama... (Mirando al general.)

GENERAL. (Aparte, conmovido.) ¡Ah, si fuese cierto!.. ¡Ah! ¡Valentín..., Valentín!..

VALENTIN. (Aparte.) ¡Esta es otra añagaza: no te fíes!

ANGELA. (Aparte.) ¿Si le amara de veras?

DUQUESA. Pero me han dado tiempo para pensarlo, y me han hecho un grandísimo favor. (Acercándose á D. Fernando.) Sr. D. Fernando, quizá el sentimiento anterior que me dominaba es el que ha estorbado que triunfase usted en la demanda: no quiero envanecerme de una resistencia que no es sólo mía, y le ruego á usted que me perdone el chasco. (A Angela.) Cuando una es joven y hermosa, siempre triunfa, á despecho de las coqueterías y la inconstancia; no lo dude usted, señorita; y no me guarde usted rencor. (A D. Valentín.) Sr. D. Valentín, la amistad disculpa muchos yerros; y yo debo darle á usted gracias por haberme creído digna de enlazarme al hombre que usted quiere más en el mundo. (Con tono voluble y chancero.) Sólo á usted se le hubiera ocurrido la diablura que ha hecho conmigo! ¡Lástima es que haya fallado!..; pero ¡cómo ha de ser! el negocio no estaba en sazón: su amigo de usted no me quiere ya, y yo quizá no le quiero todavía; de suerte que el casamiento que usted me proponía se hace imposible. Así, pues, he dicho, y con permiso de ustedes me marcho al baile... ¡Tardecillo es!.. ¡pero siempre llegaré á tiempo de bailar un par de rigodones!.. ¡Adiós, señorita! ¡Caballeros, tengo el honor de saludar á ustedes!.. (Aparte, yéndose, sin poder disimular ya la conmoción.) ¡Sofocada estoy; ¡pero no han logrado humillarme!..

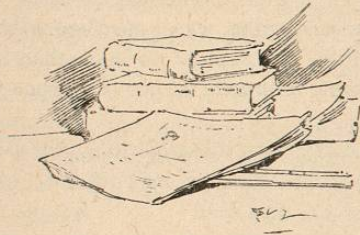
## ESCENA VII

DOÑA ÁNGELA, D. VALENTÍN, D. FERNANDO, EL GENERAL

VALENTÍN. Pues señor, que el demonio me lleve si no se acaba de burlar otra vez de nosotros. Pero no me importa: me he salido con la mía: ¿tú ya no la quieres?

GENERAL. (Yéndose.) ¡Qué sé yo!

VALENTÍN. ¡Ay, Dios mío! ¿Será cosa de volver á empezar?



## ACTO TERCERO

(La misma decoración del acto primero.)

## ESCENA PRIMERA

## LA DUQUESA

(Al levantarse el telón sale de su cuarto, se dirige al balcón, y luego viene al proscenio.)

Se me figuró que paraba un coche..., ¡pero no era aquí! (Tira del cordón de una campanilla: sale un lacayo.) ¿Se han llevado las cartas que mandé?

LACAYO. Sí, señora: Andrés fué á casa del Sr. D. Valentín, y le dijeron que estaba de caza hacía ya unos días, y que aún no había vuelto; pero Andrés dejó la carta, porque parece que le aguardaban hoy.

DUQUESA. Bien; ¿y la otra?

LACAYO. ¿La que iba para el señor general Bernal? Esa la llevé yo mismo y la entregué en propia mano, cuando S. E. iba á subir al coche. Se la guardó, y me dijo que no tenía respuesta.

DUQUESA. ¡Bien!.. ¡bien!.. Anda con Dios. — (Vase el lacayo.) ¡Sin respuesta!.. ¡Dios mío, todas sin respuesta! ¿No le volveré yo á ver? Un siglo me parece que ha pasado desde aquel día fatal en que al verme en su casa... y á su lado, conocí que le amaba sobre todas las cosas de este mundo! — ¡No ha vuelto!.. Le he escrito mil veces... ¡No me ha respondido! Le he buscado en todos los sitios donde siempre nos encontrábamos... Nada: ¡no le he visto! — ¿Dónde estará?... ¿Qué hará?... ¡Ah, si él supiese lo que está pasando en mi corazón! — Bien me lo dijo: ¡hay hombres que no perdonan jamás! — ¿Por qué le habré ocultado tanto tiempo mi amor? Si en vez de apurarlo, de fingirle crueldad, indiferencia, le hubiese dicho la verdad..., le hubiese dicho mil veces: ¡Enrique, yo te amo!.. ¡Ah, sí..., él lo hubiera creído... y ahora le tendría aquí, á mis pies, enamorado, delirante!.. — ¡Ah, si volviese!.. ¡Si Dios hiciera que volviese!.. ¡Si por una hora no más se me mostrase tal como le he visto durante un año entero!.. ¿Y es cosa de perder enteramente la esperanza?... ¡Yo me muero! ¡No puedo vivir así! — ¡Dios mío, cuánto le amo!.. ¡Ah, bien vengado está!